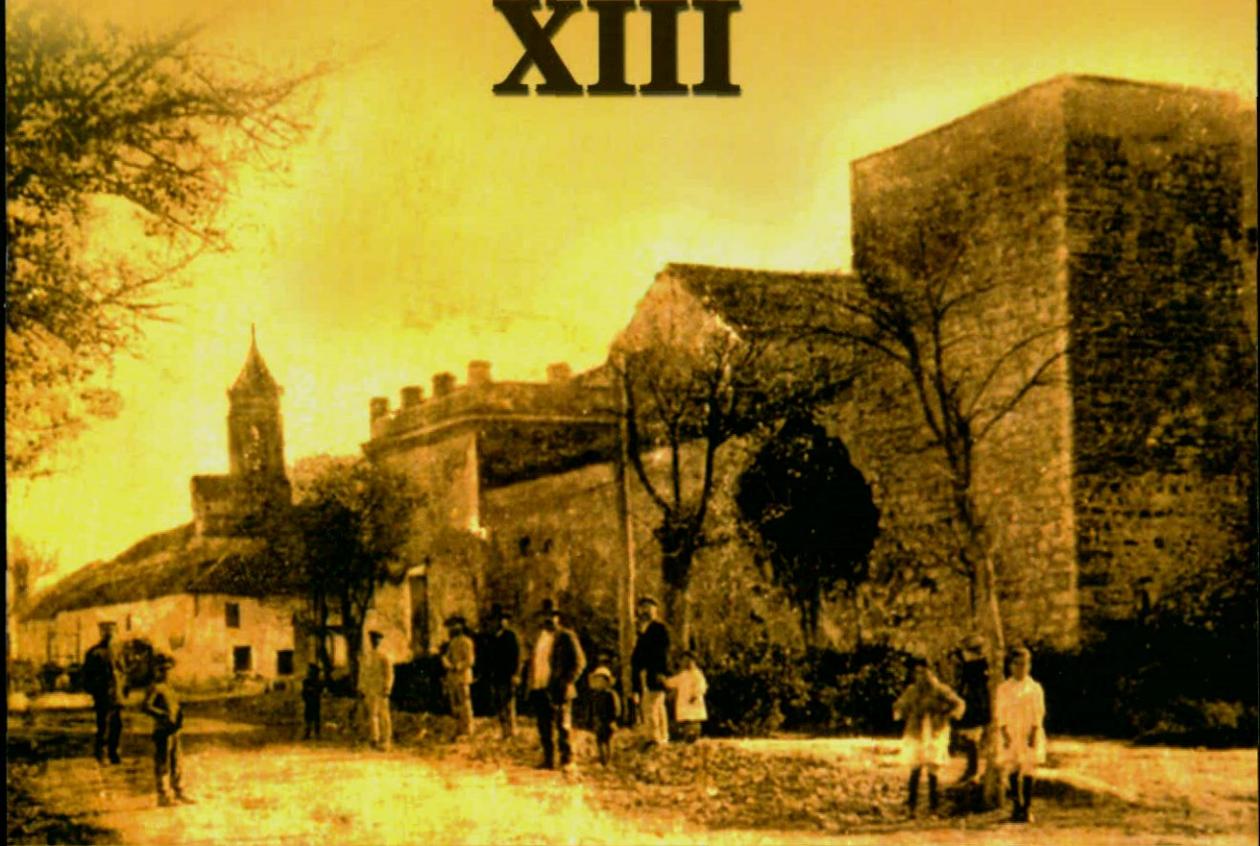


de Crónica  
*Córdoba*  
y sus Pueblos  
**XIII**



*Córdoba, 2007*

**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

de Crónica  
*Córdoba*  
y sus Pueblos

**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

*Córdoba, 2007*



**Itre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

**Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XIII**

**Consejo de Redacción**

**Coordinadores**

José Antonio Morena López  
Miguel Ventura Gracia

**Vocales**

Enrique Garramiola Prieto  
José Lucena Llamas  
Juan Gregorio Nevado Calero  
Pablo Moyano Llamas

Edita: Itre. Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: *Cañete de las Torres. Vía principal. Década de 1920.*

Imprime: Gráficas Alcazaba, S.L.  
Polig. Industrial "Cerro de la Virgen", parc. 2  
14650 Bujalance (Córdoba)

ISSN: 1577-3418

Depósito Legal: CO-1505-07

## Memorias y olvidos de un 23-F

Jerónimo López Mohedano

*Cronista Oficial de Peñarroya-Pueblonuevo*

La memoria a veces nos juega extrañas pasadas: unas veces asumimos como nuestras experiencias que en modo alguno vivimos; en otras ocasiones olvidamos vivencias que cuando nos tocó vivirlas creímos que iban a permanecer de una manera indeleble en nuestras mentes y sin embargo, el paso del tiempo sobre nosotros actúa como el curso de un río que va remodelando el paisaje por el que discurre: primero arranca el material de cauces y riberas, luego lo va depositando en curvas y meandros, finalmente forma en su desembocadura deltas con el material que ha sido capaz de persistir con las aguas durante el incierto viaje.

Hay un término psicológico, el optimismo del recuerdo, que pretende explicar el porqué de ese mecanismo que nos lleva en ocasiones a pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, que suaviza las aristas punzantes del dolor y de la tristeza pasados y pone una bajo una luz especial que resalta los momentos agradables vividos. Por esto, cuando hemos colocado bajo la lupa del historiador los testimonios de los peñarriblenses que vivieron los sucesos del día 23 de febrero de 1981, hace ahora un cuarto de siglo, en la creencia de encontrarnos ante una de esas efemérides que, de alguna manera, han marcado nuestras vidas, como podrían ser el asesinato del presidente norteamericano John F. Kennedy; la llegada del hombre a la Luna, la muerte del viejo dictador Francisco Franco o la más dolorosa y reciente que fueron los atentados islamistas en el Madrid del 11-M, nos hemos encontrado con la sorpresa que para muchos, aquel día en el que acababa la Transición a la Democracia -según oportuna y premonitoria frase del aspirante a la investidura como presidente del gobierno Leopoldo Calvo Sotelo dicha antes de los hechos- que el recuerdo se ha reducido, una vez desvanecido el miedo que todo lo impregnó, a la violenta entrada de un bigotudo Teniente Coronel con miembros de la Guardia Civil; a los disparos intimidatorios; al intento de derribar a un valiente Teniente General Gutiérrez Mellado desarmado; a la casi totalidad de los di-

putados tendidos bajo sus pupitres; a los amenazantes tanques que recorrían las nocturnas calles de una Valencia proclamada facciosa por Miláns del Bosch; a los saltos desde las ventanas de los guardias que abandonaban al golpista y a la gozosa salida final de los retenidos y, a veces ni todas, ni ordenadas. Pero para otros, generalmente para los teñidos por el color de sus convicciones políticas, especialmente para aquellos que tenían su corazón al lado izquierdo, para esos otros, sí hay más cosas para no olvidar.

Habría que añadir una dificultad más, pues a pesar del relativamente corto espacio temporal transcurrido, este trabajo se basa fundamentalmente en recuerdos orales de testigos en todo lo referente a la historia local: todos lo vivieron a su manera y lo recuerdan de igual forma. En general estos testigos no consideraban muy relevantes estas vivencias y algunos pidieron que no apareciesen sus nombres, a otros les daba igual, aun cuando insistieran en la poca importancia de sus testimonios y en ese generalizado, por común, «aquí no pasó nada» de quienes creen que la Historia siempre es la que recoge grandes acontecimientos y no los modestos acaecidos en el lugar donde cada cual vive.



*Peñarribeños a finales de los 80*

Para los españoles que vivieron (vivimos) aquel tiempo, a pesar de la gran voluntad existente de cambio democrático y la voluntad de consenso, se hacía preciso consolidar unas instituciones de este signo y superar las tendencias involutivas, ya que los aparatos y las instituciones del estado franquista estaban prácticamente intactas y su actitud ante los nuevos tiempos seguía siendo una incógnita. La UCD estaba mostrando un alarmante grado de debilidad estructural tras la evidente derechización producida entre sus cuadros superiores de poder. El Ejército ya había expresado claramente su malestar tras la legalización del partido Comunista de España -no se puede olvidar que se blasonaba de ser el único país que, dirigido por el Caudillo, había vencido al comunismo en los campos de batalla- y sus temores de que las autonomías, además de la deriva laicista, llevasen a destruir "la sagrada unidad de las tierras y de los hombres de España" de la que se consideraba único garante puesto que, con las oligarquías dominantes, identificaba a la nación española con el estado centralista. Las oligarquías miraban con recelo la existencia de unos sindicatos verdaderamente reivindicativos, así como a las reformas llevadas a cabo en Hacienda por el ministro Fernández Ordóñez, no sólo por la temida obligación de declarar anualmente, sino por la exposición públi-

ca de todas las declaraciones. La Iglesia Católica Española manifestaba sus prevenciones tras la acofesionalidad de la Constitución que había llevado a la aprobación de la ley del Divorcio, entre otras actuaciones que buscaban la separación de Iglesia y Estado, y que quería convertir en un verdadero servicio público todas las enseñanzas. Y entre los grupos más conservadores seguía expresándose el malestar por la reciente derogación de la obligatoriedad del permiso marital para que las españolas pudieran realizar por sí mismas actos jurídicos o mercantiles, sin la previa firma autorizadora del marido. Existían grupos ultras dispuestos a frustrar el proceso democratizador mediante la violencia, como se había demostrado con el asesinato de los abogados laboralistas en la calle Atocha de Madrid por



*Adolfo Suárez (I-1981)*

parte de ultraderechistas, o con los reiterados secuestros y sangrientos atentados llevados a cabo por ETA, sin olvidar los cometidos por los ultraizquierdistas que integraban el GRAPO. A todo esto habría que añadir la gran crisis económica que padecía España, en la que confluía con la general de los demás países europeos, debida a la elevación de los precios del petróleo y la específica debida a la generada por el final del desarrollismo franquista que hipotecó a la naciente democracia con más de un millón de parados, una inflación del 30% y un enorme déficit<sup>1</sup>. Y, quizás, lo que pudiera considerarse el detonante inmediato del golpe de febrero: la inesperada e irrevocable dimisión que el presidente Adolfo Suárez había presentado al rey el 29 de enero, cuando aún no se había cumplido un mes de la formación de su quinto gabinete. Al comunicarlo a los españoles, Suárez significativamente pedía un rearme moral de la sociedad hispana para hacer frente a la crisis. Al día siguiente Felipe González, Secretario General del PSOE, se ofrecía al rey para encabezar un gobierno de concentración con el que resolver la crisis, mientras Emilio Romero publicaba un artículo en el "ABC" en el que se hablaba expresamente de la «solución Armada».

Y en el exterior, contaba la necesidad de evitar la deriva neutralista, muy del gusto de la mayoría de los españoles, impresa a la política española por el

<sup>1</sup> VARIOS. *España. Nuestro siglo. Textos Imágenes y sonido*. Tomo IV. Plaza & Janés. Barcelona 1985. Págs 102 y siguientes.

presidente Suárez y de llevar a cabo una reconducción hacia la entrada en la OTAN que permitiera una posterior integración en la Unión Europea, cuando aún existía el bloque socialista antagónico tras el "Telón de Acero" y que liberaría de cualquier inquietud al poderoso, y siempre vigilante, "amigo americano" una vez concluido satisfactoriamente el cambio de régimen operado en España tras la desaparición de Franco.

Todas estas circunstancias llevaron a grupos de salvapatrias a poner en marcha varias líneas conspirativas entre los meses de julio y septiembre de 1980, aunque su prehistoria ya la podemos rastrear en los círculos civiles y militares tras aquella Semana Santa de 1977 en la que el presidente Suárez legalizó el PCE. Los golpistas que diseñaron la definitiva "Operación Congreso" llegaron a creer que el momento que vivía España era paralelo a aquel otro que se vivió en las vísperas de la sublevación militar de 1936; que aquellos españoles educados en el nacionalcatolicismo durante tantos años -lo que luego se dio en llamar franquismo sociológico-, pero metidos en la espiral de una moderna sociedad de consumo, iban a apoyarlos decididamente, o por lo menos iban a ser consentidores, en su tarea de llevar al país, con un proceso de regresión hacia ideologías que el paso del tiempo parecían haber arrumbado. Pero, afortunadamente para la joven Democracia española, sus cálculos, a pesar de la pasividad mayoritaria del pueblo, resultaron completamente fallidos.

Y es que los españoles aun cuando reaccionamos, en general, demostrando un mínimo valor cívico en esta ocasión, queríamos que aquella puerta se cerrase definitivamente para encararnos con el futuro que representaba esa Europa en la que durante tanto tiempo fuimos la excepción, tan certeramente proclamada por el por tantas cosas acertado eslogan turístico "España es diferente". En este momento las derechas se sentaron a verlas venir; el centro amorfo, despolitizado, se convirtió en una suerte de mayoría silenciosa y temerosa; los responsables de los partidos de izquierdas tardaron en reunirse para tomar medidas para conjurar el peligro que se cernía sobre ellos, incluso reconociendo que los máximos dirigentes estaban prisioneros en el Congreso, las bases fueron incapaces de reaccionar y aplicar el remedio de la huelga general contra el golpe de fuerza, como manda el manual no escrito de actuación cívica frente a quienes tratan de imponer un gobierno ilegal, con el fin de privarle de los instrumentos básicos de subsistencia y provocar la caída de un gobierno cuya única legitimidad nace solo de la sinrazón de la fuerza para imponer a los demás su voluntad por parte de quienes estarían legítimamente obligados a defenderlo. En esta ocasión, en casi todo el país, los obreros se presentaron sin excepciones significativas al trabajo, mientras los directivos se escondieron, también con pocas excepciones.

Aquella Peñarroya-Pueblonuevo de comienzos de 1981, cabecera de partido judicial, era una población que seguía viviendo fundamentalmente de la mine-

ría, aunque el último pozo de carbón de los que existieron en su término municipal se hubiera cerrado hacia casi un lustro, y de un activo sector terciario. Era la sede de la Dirección de la empresa minera ENCASUR, integrada en el Instituto Nacional de Industria (INI), que fue creada casi dos décadas antes



*Dirección y oficinas de ENCASUR*

cuando la Sociedad Minera y Metalúrgica de Peñarroya (SMMP) decidió abandonar sus explotaciones mineras en las cuencas del Guadiato y de Puertollano. En la primera daba trabajo directo a un total de 1294 empleados en sus dos grupos de hullas grasas (pozos Belmez y Espiel) y de antracita (Pozo San José y Rampa nº 3) así como las respectivas explotaciones a cielo abierto, las que más futuro iban a tener, pues ya la Empresa había decidido el año precedente no abrir otras explotaciones mineras que las de este tipo -atendiendo al reciente Plan Energético Nacional- mucho más rentables por la posibilidad de emplear maquinaria pesada en la extracción, así como por la drástica disminución de mano de obra en su laboreo.

La población peñarriblense había seguido disminuyendo en la década precedente llegando a perder 2.436 vecinos, por lo que su último censo marcaba los 14.567 habitantes de derecho, censo en el que las mujeres superaban en poco más de 900 a los hombres. Entre los problemas más acuciantes, encajados en la crisis económica generalizada que se vivía en el país, a los que se enfrentaba esta población resultaba acuciante el del paro juvenil -el de los restantes sectores era bastante más moderado- que ponía en el disparadero de la emigración a bastantes de estos jóvenes, una emigración que se compensaba en buena parte con la inmigración proveniente de las demás poblaciones de los alrededores para las que la coyuntura económica aún era más desfavorable (emigración, 191; inmigración, 168), así como por las diferencias favorables del número de nacimientos sobre el de defunciones (165-135). La sanidad en su vertiente primaria era razonablemente aceptable y estaba a cargo de distintos profesionales integrados en el sistema estatal que pasaban sus consultas en el ambulatorio de la Avenida, todavía, de Calvo Sotelo, pues nadie se había atrevido aún a sustituir los nombres del callejero franquista surgido tras la Guerra Civil, si exceptuamos el cambio de la calle en la que estaba el Ayuntamiento, la "Álvarez Rementería" -conquistador de la Ciudad en 1936 y, por lo tanto un militar bastante secundario en el olimpo nacionalista- por el de "Constitución" como homenaje a la piedra angular de la flamante



*Hospital minero de la antigua SMMP*

democracia española. La asistencia de la mayoría de especialistas y la hospitalaria se dispensaba en Córdoba, pues desde que ENCASUR -que a la sazón disponía de un Servicio Médico integrado por 2 médicos y 12 ATS y un servicio permanente de ambulancias- se hizo cargo de la gestión del que fuera hospital

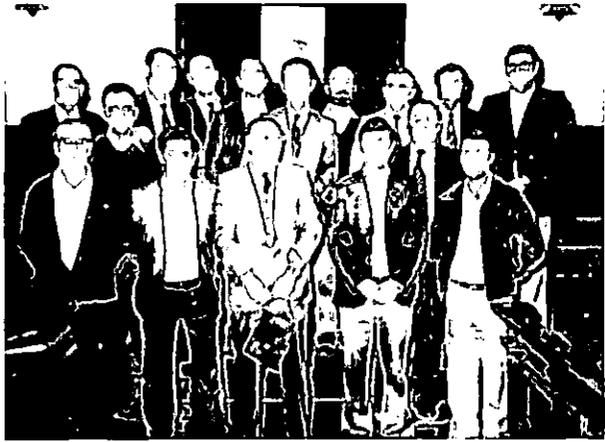
de la SMMP estas instalaciones habían ido perdiendo su funcionalidad, a pesar de lo elevado de la siniestrabilidad laboral en la empresa, pues en el año precedente se habían contabilizado hasta 305 accidentes cuyos afectados habían precisado baja laboral y el doble, que no la precisaron. La reivindicación de un centro hospitalario comarcal sostenido con fondos públicos se había adormecido con la llegada de la Democracia y, unos años después se vería, con decepción y hasta amargura, cómo era erigido en otra población más afortunada, tras el nuevo mapa de la comarcalización llevado a cabo por la Junta de Andalucía.

También era decisivo el problema de las malísimas infraestructuras viarias para el transporte por carretera, pésimo para unir las diferentes poblaciones de la entonces comarca de la Sierra de Córdoba o con la cercana Extremadura y de difícil calificación para el tramo que llevaba hasta la capital provincial. Mientras la línea férrea Córdoba-Almorchón agonizaba huérfana de pasajeros, a pesar de la relativa importancia que mantenía merced a los transportes carboneros hacia la Central Térmica de Puente Nuevo y de cenizas desde esta a diferentes partes de España. ¿Quién iba a arriesgarse para instalar industrias o servicios en tan poco accesible lugar de la geografía hispana?

Seguía siendo endémico el problema de la escasez de viviendas, que se intentaba paliar con el proyecto para la construcción de medio centenar por parte de la nueva cooperativa "Hogar Obrero de Peñarroya" y las angustiosas peticiones llevadas a cabo por la corporación municipal a los diferentes organismos públicos, pues los defectos de construcción y la mala calidad de las viviendas existentes había hecho que el número total de edificaciones se hubiese reducido en casi un millar durante los años setenta.

Desde la celebración de las elecciones municipales del 3 de abril de 1979, en los bancos del salón de Sesiones municipal se sentaban los representantes de tres de los cinco partidos políticos votados por la ciudadanía, tras la aplica-

ción de la restrictiva Regla d'Ont que favorece a las mayorías: el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), que obtuvo la mayoría absoluta con 9 concejales; la Unión de Centro Democrático (UCD), 5 concejales y el Partido Comunista de España (PCE), 3 concejales. Fuera se habían quedado la Candidatura Independiente de Peñarroya-Pueblonuevo (CIPP) y el Centro Democrático (CD).



1979: primera Corporación socialista peñarriblense

Era alcalde presidente Rafael Áñez García sanitario empleado de ENCASUR que, de una manera inconsciente, restauraba la tradición peñarriblense de que los alcaldes fueran hombres de la Sociedad de Peñarroya, en este caso, de la Empresa Nacional Carbonífera del Sur, la empresa dominante en el mundo social y laboral local y de todo el norte de la provincia cordobesa.

De entre los problemas municipales, más domésticos, a los que se enfrentaba la Corporación aquellos días finales del mes de enero de 1981, habría que destacar el intento de cese y separación de su cargo como concejal de uno de los representantes del PCE, Francisco Medina, pues el partido «había perdido su confianza en él» y entendía que ese acta se debía a su militancia, no a la persona en sí, por lo que debía de ser del partido en cuya lista se había integrado, argumentos que pronto desmontaría el asesor jurídico del Ayuntamiento.

En cambio, el endémico endeudamiento municipal se ha visto sensiblemente disminuido, según había informado el alcalde tras haberse abonado 13.326.288 pesetas, con cargo al presupuesto extraordinario de liquidación de deuda, del montante de 37 millones que se había acordado hacer efectivos al Consorcio de aguas de la zona Norte.

Y con una cierta, aunque lejana, relación con el agua, se recogen las protestas y el malestar de los lecheros peñarriblenses que manifiestan la imposibilidad de mantener el precio de venta de la leche fresca, que se sigue vendiendo casa por casa, y que solicitan de la Alcaldía la autorización para elevar en 6 pesetas el precio del litro de este alimento considerado, como el pan, de primera necesidad y por lo tanto sujeto a la intervención municipal.

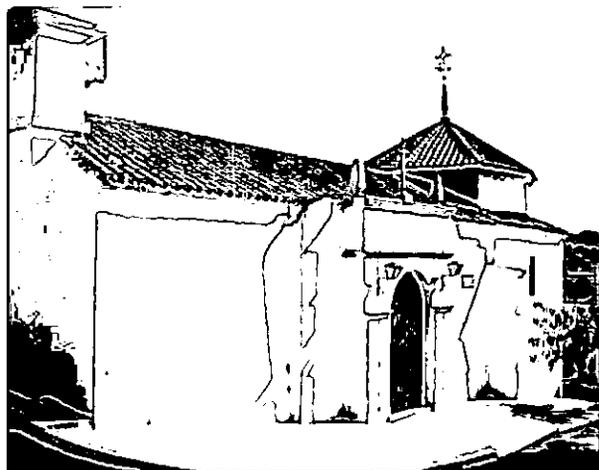
En el nuevo Padrón de la Beneficencia Municipal se consignaban para este

año hasta 107 familias que sumaban un total de 128 beneficiarios.

Y, a pesar de aprobarse por 13 votos a favor y una abstención el proyecto para la reparación de las Casas Consistoriales, la situación económica que se vivía hizo que la Corporación acordase rechazar la pretendida reforma del edificio al no estimarla prioritaria, por lo que queda fuera a la hora de solicitar las obras que deberían ser incluidas en los planes de 1981, tanto provinciales como nacionales, que quedan reducidas a:

- Instalaciones deportivas en el recinto de la avenida Calvo Sotelo -el que luego sería el primer Polideportivo y que consumiría los fondos como si de un microagujero negro se tratase-.

- Colector de readaptación



*Real Iglesia Matriz de Ntra. Sra. del Rosario*

- Monumento histórico-artístico de la parroquia de N<sup>ra</sup> S<sup>ra</sup> del Rosario por un valor de 2.250.000 ptas. -que permitiría la restauración de esta iglesia matriz como monumento popular del siglo XVI, una vez perdida su condición de parroquia en beneficio de la nueva de El Salvador de Peñarroya-

- Abastecimientos de aguas -aún quedaba

una amplia zona del distrito de Peñarroya sin la red de aguas, a pesar de que el problema básico de abastecimiento se había solucionado con la puesta en servicio del pantano de Sierra Boyera en 1977-, alcantarillado, colectores generales, caminos...

Quedaban también, fuera los tan necesarios arreglos de los abundantes desperfectos existentes en los colegios nacionales que tan reiteradamente solicitaban los maestros y los padres de los alumnos de estos centros, de cuyas peticiones se hacía altavoz el concejal por UCD, D. Pedro Espadas, mientras seguían las obras para entregar el nuevo grupo que reuniría las dispersas unidades del C. P. "Alfredo Gil".

Y algo que afecta directamente no sólo a los peñarriblenses, sino a la mayoría

de los pueblos comarcanos: el mejoramiento de la calidad de las imágenes que se reciben de la televisión pública —la única existente en sus dos cadenas—: el alcalde informa sobre las gestiones realizadas ante TVE para la instalación de un repetidor en Puerto Cacho, término de Villanueva del Rey que atienda las necesidades de este pueblo,



*El Peñarroya FC, con su entrenador Parrilla, en la temporada 1980-1*

Belmez, Espiel, Fuente Obejuna y Peñarroya-Pueblonuevo, gastos que habrían de ser sufragados entre los cinco pueblos que gestionaban esta mejora.

Y, continuando los intentos de reanudar la tradición radiofónica peñarriblense, truncada en 1965 con la desaparición de la emisora sindical ECS-30 tras el Decreto de Regulación de Ondas Medias del año anterior, el alcalde había dado cuenta de las gestiones que se estaban llevando a cabo para la instalación de una emisora de frecuencia modulada en la localidad habiéndose solicitado a la dirección General de Radio-Difusión y Televisión una prórroga para presentar la pertinente documentación.<sup>2</sup> No existía ningún medio periódico escrito local desde la extinción un lustro antes del mensual "Peñarroya", que fuera el «órgano del Movimiento» que lo había sostenido durante casi dieciocho años.

A pesar de que el mundo del fútbol acaparaba a la mayoría de los aficionados al deporte —el equipo titular encabezaba la clasificación de aquella Tercera Regional, a pesar de la severa derrota padecida en el estadio baenense el domingo 22, cuando aquel 5-1 sacó los colores a un Peñarroya FC excesivamente confiado—, el baloncesto mantenía un aceptable grupo de entregados seguidores que esperaban que con la construcción del nuevo polideportivo se contasen con unas instalaciones dignas para que en ellas se llevasen a efecto los encuentros del que era el club decano provincial en este deporte. Y los aficionados taurinos esperaban poder disfrutar de la Semana-ciclo de conferencias organizada por el ganadero reses bravas, afincado en el cortijo de "Las Castillejas" de Peñarroya-Pueblonuevo, Sr. García Galán, y en las que intervendrían con sus charlas, notables personalidades del mundillo taurino.

<sup>2</sup> Archivo Municipal de Peñarroya-Pueblonuevo. Sesión del Pleno del 27 de enero de 1981.

Aquel lunes 23, con mañanita poco neblinosa que prometía tarde de paseo, empezó en los trabajos con los habituales comentarios derivados de los resultados del fútbol dominical nacional y local. Los niños embozados en sus ropas de abrigo llegaron desgadamente a sus colegios poco antes que los comer-



*Plaza de abastos del distrito de Pueblonuevo*

cios abrieran sus puertas y los adolescentes a INB "Alto Guadiato" o a la Escuela de Formación Profesional. En el mercado de abastos las mujeres fundamentalmente, adquirían carnes, frutas, verduras y pescado, a pesar de que este producto eran los restos de la semana precedente; otras, las familiares de los trabajadores acudían al Economato Laboral, cuyos bajos precios permitían un respiro en las economías de los empleados en ENCASUR. Los mineros del primer turno trabajaban arrancando el carbón en el ya no tan oscuro seno de la tierra. Los albañiles levantaban muros o techaban casas mientras de sus bocas se desprendían vaharadas de vapor. En el ambulatorio médicos y enfermeros se afanaban tratando de mitigar el dolor de los enfermos. Lecheros y panaderos recorrían calles y plazas llevando sus productos directamente a sus clientes. Las puertas de las iglesias permanecían abiertas tras la celebración de las habituales misas matutinas, a pesar de la gelidez interior. El primero de los trenes mineros seguía el camino de hierro desde el lavadero de El Porvenir hasta la central térmica de Puente Nuevo. Los estudiantes en las distintas facultades cordobesas se embarcaban, junto a otros viajeros, en la siempre descuidada parada de autobuses para dar comienzo a otra semana más de estudios. El alcalde peñarriblense se desplazó a la capital cordobesa para realizar gestiones relacionadas con la siempre problemática vida municipal. La guardia civil iniciaba sus tareas rutinarias: servicios de tráfico en las carreteras, patrullas en el campo...

Era el primer día de una semana más, de una semana que empezaba con la rutina de todas las semanas de invierno, pero que se iba a cambiar cuando pasadas las seis de la tarde se alterara el soporífero recuento de votos que se llevaba a cabo en el Congreso de los Diputados de la capital de España, cuando se realizaba la investidura del nuevo presidente, Leopoldo Calvo Sotelo, que a la sazón venía desempeñando la función de vicepresidente segundo de asuntos económicos. Un hombre gris escogido entre los barones de UCD como hombre de consenso que, por su falta de liderazgo, en nada inquietaba a los demás para sustituir al dimitido presidente Adolfo Suárez.

A las cuatro de la tarde el teniente del Servicio de Información de la Guardia Civil Suárez Alonso inició la «Operación Congreso» cerrando las principales calles de acceso al Congreso con una invisible y certera maniobra con la que aseguraba el acceso, dos horas más tarde, a los autobuses que transportaban al Teniente Coronel Antonio Tejero con los doscientos guardias reclutados en Valdemoro y otros cuarteles madrileños para llevar a cabo el acto de fuerza. Entre los voluntarios, otros fueron sin saber a dónde ni por qué iban, se encontraba Eduardo Muñoz, el hijo

de antiguo empleado de la SMMP, un peñarriblense que luego se jactaría de haber estado entre los que asaltaron el Congreso aquella infausta jornada. A las seis y veintidós minutos los guardias, tras haber atravesado y desarmado a las perplejas unidades de protección policial, irrumpieron en el hemiciclo mientras las cámaras de televisión retransmitían en directo, al igual que las emisoras de radio, como si de un esperpento se tratara, las palabras de Tejero «¡Alto! ¡Todo el mundo quieto! ¡Silencio!» y el despliegue de los guardias civiles en el interior del hemiciclo, provocando el estupor generalizado entre los asistentes. Para convencerlos de la seriedad de sus argumentos, los guardias dispararon al techo al tiempo que ordenaban que todo el mundo se tumbase en el suelo, cosa que fue cumplida por sus señorías con las excepciones del todavía presidente, Adolfo Suárez, y Santiago Carrillo, siendo imposible olvidar el gesto del «general Gutiérrez Mellado enfrentándose solo y desarmado a las fuerzas hostiles. La imagen de ese soldado heredero directo de los militares liberales del siglo XIX, erguido en el hemiciclo, con las manos en la cintura mientras sonaban los disparos a su alrededor, es lo único que en ese triste "video" nos congracia con lo español»<sup>3</sup>.

Luego, el capitán Muñecas tuvo el triste honor de comunicar que se esperaba la llegada de una "autoridad militar, por supuesto" que se haría cargo de la situación y empezó el baile de llamadas para intentar sumar a nuevas fuerzas



<sup>3</sup> Díaz-Plaja, F. "La España que sobrevive". Colección Espasa-Mañana. Editorial Espasa-Calpe. Madrid 1987. Pág. 52.

militares a las ya comprometidas, que el gobierno en funciones formado por los Secretarios de Estado para evitar el tan temido vacío de poder que iban a invocar los golpistas, pudo conocer en el tiempo que se producían, ya que las comunicaciones con el Congreso estuvieron intervenidas desde el primer momento. Y el Capitán General de Valencia, Miláns del Bosch, hijo y nieto de acrisolada estirpe golpista que había hecho la guerra civil con Franco, decretó el Estado de Guerra y sacó los tanques a la calle al tiempo que se ocupaban los lugares neurálgicos. En Madrid un piquete de soldados de la División Acorazada Brunete ocupaba el centro emisor de Radio Televisión Española, que comenzó a emitir música militar, fanfarrias en la línea del más trasnochado golpismo, dejando, en cambio, a las demás emisoras no estatales -entre las que destacarían las de la Cadena SER y de entre sus profesionales el verbo apasionado de José María García, luego muy conocido como cronista deportivo-mantuvieran su libertad en sus emisiones. Afortunadamente fue un fallo inexcusable, tal vez debido a un exceso de confianza de los golpistas, tal vez al desarrollo chapucero del mismo. Si se podía informar a los españoles era evidente que los golpistas habían perdido el control de la situación.

Lo que parecía ser un rumor, el asalto al Congreso por guardias civiles, se extendió aquella tarde por la geografía peñarriblense entre sentimientos encontrados, pero mayoritariamente adobados por el miedo, por el miedo de quienes ya una vez vivieron una situación similar en los años treinta, por el de aquellas familias en las que alguno de sus miembros estaban en edad militar o cumpliendo con el entonces obligatorio Servicio Militar. Los peñarriblenses fueron abandonando las calles, los comercios se quedaron vacíos mientras en los bares los dueños y camareros se convertían en espectadores casi únicos de las imágenes ajenas que emitían las televisiones en unas atmósferas plenamente hopperianas. En los domicilios los transistores se convirtieron en los centros de atención inexcusables en cuyo derredor se reunieron los acongojados moradores de una historia que parecía obstinada en repetirse una vez más mientras los teléfonos trataban de tranquilizar e informar. Los temores seguían una proporción lógica atendiendo el arco ideológico de la exaltación de la extrema derecha, al miedo lindante con el pánico de la izquierda, pasando por la tibieza de la derecha más moderada.

Antonio Toledo, empleado del Ayuntamiento, era el Secretario General de la Agrupación Local del PSOE y miembro de la Ejecutiva Provincial de este partido estaba escuchando la radio al producirse el Golpe, por lo que inmediatamente decidió acercarse a la sede que los socialistas tenían en el 98 de la calle Navarro Sáez, que encontró desierta, y recoger toda la documentación para llevársela a su casa. Cuando está realizando el trasiego se paró un coche en el que iba un guardia civil retirado que le insultó y amenazó dándole voces destempladas. Ahora iba a enterarse aquel rojo. No contestó a aquel energúmeno y volvió a su casa y ya no se dejó ver y allí siguió los acontecimientos con preocupación hasta escuchar la alocución del Rey. Tras unas

pocas horas de sueño, a las 6 de la mañana, se dirigió a Córdoba para participar en una reunión convocada en la sede que el PSOE tenía en la calle Barroso en la que estuvieron Rafael Vallejo, Rafael de Santiago, Blas Garrido, José Miguel Salinas, Secretario Provincial estaba entre los retenidos, y otros, además de representantes partidos como UCD, o Hernández Mancha de Alianza Popular, PSA,



*Antonio Toledo con Rafael Escudero, Presidente de la Junta de Andalucía, en 1982*

MCA, PAU-PTA, así como por representantes de las dos principales centrales sindicales UGT y CCOO en la que se confeccionó el manifiesto en favor de la Libertad, la Democracia y la Constitución y que sería distribuido para la prensa y la radio. En este manifiesto, que sería modificado tras el fracaso del golpe, se expresaba la más firme repulsa contra quienes habían llevado a cabo los sucesos del Congreso; se expresaba la solidaridad con los retenidos; se reiteraba el apoyo a la Constitución, al Rey y a las instituciones democráticas. Se pedía que la Ley cayera con todo su peso sobre los golpistas. Se felicitaba al pueblo por su responsabilidad y serenidad, y se apoyaban los acuerdos tomados por las corporaciones municipales (Apareció en el Diario Córdoba del 25 de febrero, junto a los particulares de las distintas formaciones políticas).

Por su parte Rafael Marañón, que había resultado el candidato con mayor número de votos en las pasadas elecciones municipales -las primeras democráticas desde la IIª República- aunque había renunciado a presidir la Alcaldía en favor del segundo más votado, Rafael Áñez, se encontraba trabajando en su carpintería cuando un asustado vecino llegó para comunicarle lo que acababa de escuchar por la radio. Deja inmediatamente de trabajar y tras subir a su casa para colocarse un chaquetón con capucha, se acerca a la sede del partido. Al no encontrar a nadie empieza una suerte de peregrinación en busca del alcalde o de algún compañero que supiera algo más de lo que se sabía. Incluso llega a pasar por las puertas del cuartel de la guardia civil, en el que ve muchas luces encendidas y puede apreciar una acalorada discusión tras una de las ventanas. Cree reconocer la figura de un conocido médico local de ideología ultraderechista, del que luego le contarán se ha presentado en el cuartel para pedir la salida de la fuerza armada a la calle.

Aún más asustado vuelve a su casa y da instrucciones a su mujer para que si alguien pregunta por él diga que no sabe donde está, pues salió a entregar un trabajo y él se traslada al conocido bar de Pepe Camacho, no muy lejos de su domicilio, que se va a convertir en la sede oficiosa del partido socialista local y punto de reunión para otros correligionarios tan asustados como él, que no saben que decisión tomar ante el curso que siguen los acontecimientos en Madrid. Así unos proponen llenar los depósitos de gasolina y largarse a la vecina Portugal (a menos de 200 kilómetros), otros esperar para ver el desarrollo de los acontecimientos, que finalmente fue el punto de vista que terminó imponiéndose, aunque algunos de ellos decidieran pasar la noche fuera de sus domicilios como medida de precaución. A la mañana siguiente el miedo aún seguía siendo fuerte y cuando se reunieron en el Ayuntamiento con el alcalde, que les tranquilizó, a pesar de los rumores que no habían dejado de aumentar, todavía hubo quien sugirió el que se tomase el dinero de la Caja Municipal para poder sostenerse por un tiempo caso de que, finalmente, se decidiera abandonar el pueblo. De todas maneras no faltó quien tras preparar el pasaporte, se acercase a alguna de las oficinas bancarias para retirar cantidades significativas antes de que la salida de los diputados retenidos en el Congreso a mediodía marcara irreversiblemente el final de la intentona.

El alcalde peñarriblense, Rafael Áñez, que ha sido el que durante más tiempo ha ejercido como tal en el Ayuntamiento de Peñarroya-Pueblonuevo, era una persona que no se dejaba ayudar fácilmente por sus compañeros de corporación dado su carácter prepotente y soberbio. En esta ocasión aún estaba reunido con un abogado en Córdoba cuando éste recibió telefónicamente la noticia de que la guardia civil estaba dando un golpe de Estado en el Congreso. Totalmente alterados por la sorprendente e inesperada noticia decidieron interrumpir la reunión. El alcalde se dirigió en su automóvil hacia el Palacio de la Merced con el fin de recabar información de primera mano del Presidente de la Diputación que, demudado, lo recibió mientras seguía los acontecimientos por televisión. Inmediatamente hizo una llamada telefónica al pueblo para tratar de tranquilizar a su mujer, que estaba sumida en las lágrimas por el temor de lo que pudiera sucederle como alcalde socialista.

Decidió regresar inmediatamente al pueblo. Estaba anocheciendo cuando pasó por las inmediaciones del campamento militar de El Muriano y lo que vio le tranquilizó: los soldados estaban jugando apaciblemente al baloncesto en las instalaciones deportivas ajenas a toda la movida madrileña: aquellos jóvenes no se habían enterado todavía del nada, por lo que nadie de uniforme se habría movido en los cuarteles de Córdoba o en la Capitanía de Sevilla (El Capitán General Pedro Merry Gordon, sorprendiendo a cuantos le vieron aquella mañana, había aparecido en la sede de la Capitanía inopinadamente uniformado como legionario- cuando el golpista Miláns del Bosch se pusiera en contacto con él para informarle de lo que estaba pasando le contestaría con aquel oportunista «hombre, eso se avisa con tiempo» y se dijo que estaba

más que medianamente “alumbrado” durante esas dramáticas horas).

Al llegar a Villaharta, mientras la radio del coche seguía emitiendo las entonces preocupantes marchas militares, un guardia civil le hizo señales para que se detuviera. «¡Uy, que pronto me ha encontrado a mí este señor!» -se dijo mientras seguía sus indicaciones. Resultó ser uno de los miembros de la Agrupación de Tráfico destacada en el cuartel de Peñarroya-Pueblonuevo y que al reconocerlo le pidió que lo llevara al pueblo, pues se le había estropeado la moto. Cargó sus cosas e iniciaron el resto del camino, al principio sin hablar hasta que el alcalde le preguntó:

- ¿No está usted enterado de nada?
- ¿De nada de qué? –requirió extrañado el guardia.
- Hay un golpe de estado.
- ¿Un... golpe de estado? –inquirió desconcertado
- Sí señor, un golpe de estado que está dando la guardia civil. Un teniente coronel se ha metido en el Congreso y está allí disparando y todo
- ¡No, no me lo puedo creer! Eso será algo de la radio.
- Verá usted ahora en el parte –pues eran cerca de las 8 y nada dieron en la radio sino música militar, por lo que ya a las 8,07 el hombre miró el reloj y le dijo:
- ¿Sabe usted que ya me lo estoy empezando a creer?
- Créaselo usted, que yo lo he visto. He visto a la guardia civil en el Congreso.
- ¡Vaya hombre – y añadió con lentitud: otro descrédito para la guardia civil.

Volvió un silencio denso. Llegaron hasta la puerta del cuartel en donde el hombre se bajó y no se detuvo en el cercano Ayuntamiento, pues creía prioritario llegar a su domicilio en la calle Calvo Sotelo y tranquilizar a su mujer, en donde decidió permanecer. Un poco más tarde se presentaron allí algunos compañeros socialistas a los que el miedo a convertirse en blanco de una posible reacción querían que se abandonara la localidad, por lo menos los miembros más significados de izquierda, otros querían permanecer. Él manifestó que no le había hecho mal a nadie, que lo que había hecho había sido luchar democráticamente por unas ideas y que si tenían que matarlo, pues que lo hicieran: no pensaba abandonar en su casa a su mujer y a sus hijos. Una vez solo se dedicó a rastrear noticias en las diferentes emisoras que pudo encontrar y así, unos quince o veinte minutos antes de que el Rey emitiese el famoso mensaje desde la Zarzuela pudo escuchar al President de la Generalitat, Jordi Pujol, que en catalán primero y en castellano después dijo las palabras que tanto estaba deseando oír. Tras escuchar al Rey se fue a acostar tranquilamente, a pesar del asombro e inquietud de su mujer. El golpe había fracasado.

Cuando aquella tarde entró en la cochera de la Empresa de Autotransportes “López” el autobús que traía a los trabajadores de la central térmica de

Puentenuevo, el conductor se acercó a la oficina y visiblemente excitado se dirigió al encargado, Germán Gordón para decirle que la guardia civil había dado un golpe de estado en Madrid, que lo había oído en la emisora que había traído sintonizada durante el viaje. Como Germán pertenecía al PCE creyó ser objeto de una broma, aunque puso en marcha el pequeño transistor que tenía y que inmediatamente le permitió comprobar que algo raro estaba pasando. Decidió marcharse a casa y en el camino se encontró con el concejal, y compañero de partido Santiago Cano Moya que comentó con humor negro, delante de la dueña de uno de los quioscos de la Plaza de Santa Bárbara, que iban a tener que preparar la maleta inmediatamente para marchar a Portugal por Ayamonte. Decidieron reunirse con sus mujeres e hijos, y la de otro camarada en casa del Sr. Cano para seguir los acontecimientos. El ambiente entre los reunidos no fue muy tenso, pues pensaban que no podía triunfar un golpe de ese tipo a aquellas alturas del siglo, aunque permanecieron pendientes de las emisoras tras la alocución real hasta bien pasada la madrugada. El temor de una de las hermanas de Santiago Cano se manifestó en las reiteradas llamadas telefónicas para que abandonase su casa y acudiera a la de la ella, frente al cuartel de la guardia civil, que afirmaba mantener unas excelentes relaciones con los guardias «y allí no le iba a pasar nada».

Y el de ellos, mientras daban cuenta de una botella de güisqui, en aquella reiterada broma de que al volver a su casa Germán, que estaba junto a la de un conocido ultraderechista local que cuando la legalización del PCE por el Presidente Suárez no se había recatado de decir, para que lo oyera cualquiera en los salones del Casino del Terrible, que iba a coger su escopeta y ¡pum! ¡pum! a los comunistas que viera ¡y era un conocido cazador!. Hasta el mediodía del día siguiente algunos familiares de Germán Gordón estuvieron muy preocupados, la mujer de este estaba embarazada, convencidos de que este se había marchado a Portugal, ya que habían intentado vanamente durante parte de la noche ponerse en contacto telefónico con ellos.

La policía municipal estaba mandada por el cabo Gabriel Cabello, una persona apacible que tenía bajo sus órdenes, entre otros, a Andrés Sánchez, un guardia municipal atípico que había conseguido ingresar en el Ayuntamiento como municipal a mediados de los años cincuenta escondiendo sus ideas comu-



*Grupo de viviendas de Maestros*

nistas y que redondeaba el sueldo regentando una taberna en las cercanías de la cerrada estación de Pueblonuevo del Terrible del extinguido ferrocarril de vía estrecha. Al principio de la Democracia a punto estuvo de perder su uniforme a causa de su militancia política, pues se descubrió que era uno de los que expedía carnés del PCE local y fue uno de los encerrados en la parroquia de Santa Bárbara cuando las primeras reivindicaciones mineras tras la muerte del Dictador. Aquella tarde estaba libre de servicio y cuando se enteró del golpe se consideró en peligro, por lo que cogió todo el dinero que tenía en la casa y se preparó para marcharse por las tapias del corral. Instruyó a su mujer diciéndole que si alguien venía a preguntar por él les dijera que acababa de llamar por teléfono diciendo que llegaba en un momento y que hicieran el favor de pasar para esperarle. Mientras él, con todo preparado, saldría de la casa y se marcharía del pueblo.

Pero no hizo falta, a pesar de que a él un guardia civil retirado que era amigo suyo le contaría después que su nombre era uno de los que estaba en la lista de gente que llevaron al cuartel para que fueran detenidas y que se guardase de determinadas personas que se decían amigas suyas, algunas de las cuales habían ido a ofrecerse al cuartel, como un médico y otro que llevaba una agencia de seguros. Hizo unas coplillas sobre el golpe con la idea de que se cantasen en los carnavales siguientes, que aún conserva una de sus hijas que no vive en el pueblo.

Frente al televisor, en su casa, Jacinto Barquero, sindicalista desde los tiempos del sindicato vertical franquista y empleado de la Empresa Nacional Carbonífera del Sur, seguía la investidura de Calvo Sotelo, pero en ningún momento sintió temor aunque Tejero y sus guardias no sólo estuviesen armados sino disparasen y ejerciesen violencia sobre los diputados. Aquella barbaridad sólo podía ser obra de algún desalmado, algo sin futuro. Él sólo se había ocupado de su trabajo y de una labor sindical, nunca había sido político, por lo que creía que aquello era una cosa que tendrían que arreglar los políticos, por lo que a él en poco podía afectarle.

En el comercio de ferretería, loza y cristal situado frente al mercado de abastos, aquella tarde había habido muy poco movimiento de compradores, nadie en las últimas horas. Cuando cerró el establecimiento a Gertrudis Mohedano aún le quedaban por realizar algunas tareas domésticas, su marido no podía tardar en llegar tras una tardía jornada laboral en la molina de aceite, desde una aldea melariense. No se había enterado de nada extraordinario cuando la escalofriante llamada telefónica de su hijo mayor desde Valencia «-Mamá, aquí están los tanques en la calle»- la puso brutalmente al corriente de lo sucedido y el miedo hizo que en su recuerdo revivieran los acontecimientos de comienzo de la guerra civil en su primera adolescencia. No le fue posible localizar a su otro hijo varón, que trabajaba en un pueblo de la campiña cordobesa hasta el día siguiente. Por las hijas, mejor por sus maridos, también se

preocupó. Muy apurada, encendió una mariposa por cada uno de aquellos a los que consideraba como más afectados, luminaria que sobrenadaba en un lecho de aceite para que "su" Virgen del Carmen protegiera a los suyos y luego siguió las noticias por la radio y la televisión hasta que el tardío mensaje del Rey le llevó cierta tranquilidad a su alterado ánimo, confiando en que sus plegarias fueran escuchadas. A pesar del fracaso golpista, se mantuvo atemorizada durante los días siguientes pues, aunque se consideraba mujer de orden y de derechas, por tradición y por familia, -su abuelo paterno, Francisco José Mohedano Gómez, había sido uno de los alcaldes liberales de la villa de Peñarroya- decía «que con los militares nunca se sabe».

Pablo Domínguez se hallaba aquella tarde instalando junto a uno de sus empleados, Miguel Ortega, luego concejal socialista en la segunda corporación democrática peñarriblense, un televisor en la cercana aldea belmezana de El Hoyo cuando primero las imágenes y luego las noticias de la radio les hicieron recoger las herramientas y volverse a Peñarroya-Pueblonuevo inmediatamente con el miedo como tercer pasajero. En el establecimiento escucharon que el general Miláns del Bosch había sacado los carros de combate a la calle en Valencia ¡y precisamente uno de sus hijos tenía que incorporarse, para seguir cumpliendo con el servicio militar, a su destino en aquella capital. Aquella noche toda la familia la pasó en vela, incluso después de ver y escuchar el mensaje del Rey que «estuvo muy bien en esa ocasión. Menos mal que se arregló todo, porque hubiera sido un duro golpe para la Democracia y yo creo que no hubieran faltado los tiros de seguir adelante el golpe».

Dos jóvenes maestros, entonces conocidos como profesores de Enseñanza General Básica, habían aprovechado el tiempo de primavera anticipada que se vivía para, al salir de las clases de la tarde, hacer los dos agujeros precisos para plantar sendos árboles frente a sus viviendas, árboles que les había cedido el Ayuntamiento, por ello no fue hasta bien anochecido cuando subieron a sus pisos y se enteraron de que algo no iba bien. Uno de ellos, que a la sazón leía el desarrollo de la sublevación militar en Madrid en la obra de José R. Alfonso "El asedio de Madrid", se estremeció al conocer el bando que había dictado Miláns del Bosch en Valencia: prácticamente era calcado del que en su momento proclamara del general Fanjul desde el madrileño Cuartel de la Montaña en aquellos sangrientos días de julio del 36, por lo que abandonó esa lectura (durante unos días) y se aplicó en la escucha de las noticias que iba dando la SER hasta que el mensaje del Rey le permitió la casi certeza de que la situación estaba bien encaminada hacia un final acorde a sus deseos, pues creía imposible que los demás países de esa Europa a la que pretendíamos acercarnos fueran a permitir que los golpistas pudieran seguir adelante con sus planes.

El otro, en cambio, leía de Curzio Malaparte su "Técnica del golpe de Estado" justamente por la parte que explicaba el exitoso golpe de León Trosky en

1917 contra Kerensky y aunque durante tiempo tuvo miedo, especialmente desde que conoció la salida de los tanques a la calle en Valencia: temía que cualquier otra región militar se sumase y se produjese un efecto dominó que permitiera el triunfo de los golpistas, pues aunque la gente tenía verdaderas ansias de democracia, los militares tenían la fuerza y una mentalidad decimonónica para enfrentarse más al pueblo que a una amenaza exterior. El caso es que el poder seguir escuchando noticias no controladas por las emisoras nacionales le llevó a creer antes de medianoche en el fracaso del golpe y se acostó tranquilamente, quizás más por la inconsciente necesidad de creerlo. Luego se burlaría de su ingenuidad, pues si hubiera leído un poco más adelante hubiera podido comprobar que las recetas de Trosky no fueron infalibles: Stalin desmontó sin demasiados problemas su golpe en ese otro noviembre de 1927.



Al día siguiente el transistor les siguió siendo un elemento imprescindible incluso durante las clases. El recreo se prolongó mucho más de lo habitual y los comentarios siguieron siendo medidos entre los grupos de maestros, incluso cuando se supo la rendición de los golpistas y la liberación consiguiente de los retenidos. Entonces, aquel par de maestros decidió bautizar a aquellos árboles plantados en tan señalada fecha con los nombres de "Libertad" y "Democracia", reviviendo de una manera inconsciente aquella costumbre nacida tras el triunfo de "La Gloriosa", la Revolución de 1868 que destronó a Isabel II, por la que se plantaba en las plazas de los pueblos el "Árbol de la Libertad". También, como aquellos, y aunque fuera por motivos distintos, estos árboles fueron efímeros, pues sólo duraron hasta que una modesta reforma municipal los arrancó años más tarde. De uno de ellos es la siguiente composición poética, utópica y esperanzada, nacida al calor de las vivencias de aquellos días:

*«Los esperpénticos espadaones atusaron sus bigotes,  
empuñaron sus sables de opereta  
y se echaron a la calle.*

*Marte, enardecido, prestó sus rojos destellos  
y las metálicas monturas atronaron  
el sosiego de la tarde.*

*Quisieron la gloria fácil del golpe afortunado*

*que iba a darles mil años  
en el recuerdo de todos.*

*Creieron que la Libertad era un árbol enfermo  
que derribar con uno de sus gritos  
tonantes y vacíos.*

*Pensaron que hoy era ayer, que la Historia se repite  
continuamente, a despecho de todos  
los deseos e ilusiones.*

*Olvidaron entre sus nubes de fáciles gritos y victorias  
que no eran sino pueblo y del pueblo  
es la única y soberana Ley.*

*Sus estrellas les fueron cegando hasta no ver lo evidente:  
que hay un pueblo que ama  
y sabrá morir por la libertad.*

*No queremos botas herradas, ni sueños de imperios fugaces,  
ni la paz de los cementerios conseguida  
a costa de los derechos humanos.*

*Cambiemos los tanques por tractores agrícolas,  
los cazas y bombarderos, por fumigadores  
que engendren riqueza.*

*Sean los cuarteles escuelas y hospitales.  
Nuestra música, la de las máquinas  
que trabajan para la paz.*

*Y aquellos que vistan el uniforme, servidores sean  
de la Comunidad que les autorizó  
a llevar armas por la paz.*

*Los frutos del trabajo y de la armonía  
harán que enmohezcan los fusiles  
y en sus bocas florecerán rosas.*

*Y ahora, hombro con hombro, vamos a seguir viviendo,  
vamos a seguir luchando, por esta España  
que un día ha de ser la de todos»*

M<sup>a</sup> Dolores Fernández vivía en la parte baja de El Cerro y había salido, como cada día, a impartir sus clases domiciliarias, actividad que compartía con el

estudio de las oposiciones al Cuerpo de Maestros. Estando en casa de uno de sus alumnos fue interrumpida por el padre del mismo que, radio en mano y muy alterado, le comunicó que se estaba produciendo un golpe de estado en Madrid. Al terminar la clase, a pesar de lo que estaba sucediendo, acudió al siguiente domicilio para seguir trabajando, pues su padre, un viejo socialista que había luchado en defensa de la República, conocido la cárcel franquista y que había hecho de la rectitud el norte de su vida, le había inculcado profundamente la responsabilidad como valor personal. Al terminar ya había anochecido y al salir se encontró en la esquina a su padre esperándola, pues estaba profundamente inquieto y no quería que volviera sola a su casa, a pesar de la apariencia de tranquilidad. Luego, juntos, pasaron la noche escuchando las noticias de la radio como ocurriera en tantos hogares.

Una vez aprobadas sus oposiciones, M<sup>a</sup> Dolores fue destinada a Rosal de la Frontera (Huelva), en la frontera de Portugal. Allí conoció a uno de los guardias civiles golpistas: al oficial con barba que aparece en todas las fotos de los primeros momentos de la entrada en las cortes, y uno de los que efectuó los disparos intimidatorios, que una vez cumplida su condena, allí había sido desterrado. Recuerda que en ningún momento se mostró arrepentido de lo que había hecho, pues se jactaba de lo que había ido a hacer al Congreso aquella tarde de febrero. Allí se casó con una de aquellas vecinas, pues se había divorciado de su primera mujer, aunque para eso no quería la España que había querido imponer a los demás españoles.

En el despacho de su casa en el Barrio Francés, el abogado Victoriano Vera, como cada tarde, atendía los asuntos pendientes, cuando llegó uno de sus hijos fuertemente alterado que le dio la noticia sobre el golpe de Tejero. Inmediatamente puso la radio y se puso a la escucha. Cuando creyó haber entendido lo que pasaba, abandonó el despacho, sacó el coche y se fue a la gasolinera para llenar el depósito de gasolina creyendo que si las cosas empeoraban lo mejor sería abandonar el pueblo e instalarse durante el tiempo que hiciera falta en su cercana finca de El Soto o bien marchar hacia la capital cordobesa, pues no veía aquello muy claro y es que aunque no tuviera demasiados temores, pues él siempre se había considerado anti-político, los recuerdos de lo que viera siendo

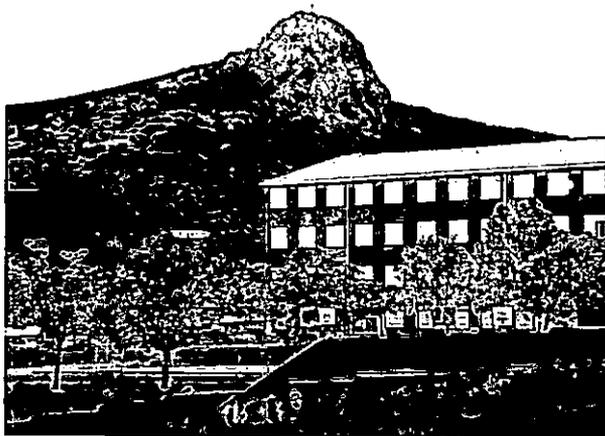


*Calle Reina Victoria en el Barrio Francés*

un niño, al iniciarse la guerra civil, se le representaron vividamente.

A la mañana siguiente se incorporó a su puesto de trabajo como director de la Escuela de Formación Profesional sin que se pudiese observar anomalía en las faltas de asistencia del alumnado o de los profesores del centro. Las clases se impartieron con toda normalidad, aunque no faltaran comentarios alusivos al golpe en las conversaciones, sin que los partidarios del mismo exteriorizaran excesivamente sus sentimientos, para ellos la cosa ya no iba bien, mientras los partidarios de la legalidad apenas oponían argumentos contrarios, aunque pareciera haberse aclarado el temporal, pues para entonces, para casi todo el mundo, el fracaso del golpe era un hecho.

María Victoria Domínguez, profesora de Educación Física en el INB "Alto Guadiato", pasaba junto a la conserjería tras terminar sus clases, cuando el conserje de tarde, Sr. Manrique, la llamó para decirle "que unos guardias civiles habían entrado en el Congreso y habían dado un golpe de Estado". Antes que en otra cosa pensó en que su hermano tenía que incorporarse al día siguiente para seguir cumpliendo con el Servicio Militar. Al llegar a su casa se encontró con toda la familia pendiente de las noticias, en medio de un estado de ansiedad fácilmente comprensible, que sólo se disipó tras el mensaje del Rey y conocer, ya en la madrugada, la retirada de los tanques de las calles y del bando militar en Valencia. Cuando al día siguiente volviera al instituto para cumplir con su jornada laboral, la normalidad sería la tónica en la vida de alumnos y profesores del centro.



*I.N.B. "Alto Guadiato"*

Por su parte, José Luis Molina, que iba a cumplir diecisiete años al mes siguiente, había estado a punto de hacer capona junto a otros compañeros: la tarde invitaba a cualquier cosa menos a asistir a las clases del Instituto. Al volver a su casa tras las clases aquello parecía una casa de locos, mientras la radio contaba lo que pasaba en Madrid. Su madre, muy nerviosa, había rebuscado las revistas de "Mundo obrero" y las estaba quemando en un cubo el patio. Su abuelo, que había estado unos años en un Batallón de Trabajadores

al terminar la guerra haciendo el canal del Guadalquivir, únicamente había dicho un desolado « Por Dios... ¡otra vez no!» antes de encerrarse en un mutismo que casi duró hasta la mañana siguiente. Ana y Joaquín, sus dos hermanos pequeños, se dedicaron a escenificar entre risas la entrada de Tejero en el Congreso hasta que su padre, descompuesto, los encerró en su habitación. Rafael no entendería el porqué de aquellos miedos de sus mayores hasta bastante después.

Un grupo de jóvenes ultraderechistas de Fuerza Nueva, de los que con ocasión de fiestas como el 20 de noviembre acudían uniformados a hacer su ofrenda floral ante la lápida dedicada a los "Caídos por Dios y por España" -que estaba en el muro junto a la puerta de la parroquia de Santa Bárbara y recordaba a las víctimas de los rojos durante la guerra civil- se reunieron en medio de la euforia que les insuflaba el conocimiento del golpe de fuerza madrileño: había llegado la hora de poner a cada quien en su sitio, por lo que decidieron acercarse a la casa del último alcalde franquista, José Antonio Navarro Rincón que, a la sazón, trabajaba como profesor en el Instituto Nacional de Bachillerato, y que curiosamente vivía en un jardín situado a una treintena de metros de la casa del entonces alcalde socialista, para pedirle que fuera al ayuntamiento para hacerse cargo de nuevo de la Alcaldía, cosa a la que se negó según unos, pues según otros no pudieron encontrarle, provocando la frustración de quienes habían ido tan esperanzados a buscarle para llevar a cabo su tan particular golpe de fuerza municipal.

El médico puericultor Manuel Quintana Luis -Premio Nacional de Investigación Pediátrica en 1972 y miembro fundador de la Sociedad de Pediatría de Andalucía Occidental y Extremadura, entre otros méritos, y cuya destacada labor científica era conocida en España o en el extranjero, pero prácticamente desconocida entre sus paisanos peñarriblenses- había terminado su consulta diaria y se dirigió hacia el Casino del Terrible para reunirse con su tertulia habitual. Caminaba por la calle General Queipo de Llano, jalonada por los más importantes establecimientos comerciales de la población, cuando de uno de ellas salió el dueño para preguntarle si estaba al corriente lo que estaba pasando en Madrid. Ante su extrañeza, Flores Bretones le contó cuanto sabía y le invitó a que pasara a su establecimiento para que



*Manuel Quintana con Eloy Fernández y Juan Villafranca -desde la derecha- en 1972*

escuchase la radio y se convenciera por él mismo. Apenas escuchó unos minutos y salió con paso más acelerado y con expresión perpleja hacia el Casino. Al llegar preguntó al conserje si habían llegado los de su partida y recibió una afirmativa respuesta. Allí estaban tranquilamente en la mesa acostumbrada el también conocido médico Eladio León, hijo del que fuera alcalde homónimo en la Dictadura de Primo de Rivera y en la primera parte de la guerra civil. Hoy la calle en la que vivió y ejerció su profesión, la antigua "Berlín", lleva su nombre honrando con ello, además de su memoria, a las de su padre y abuelo que le precedieron en la atención médica a los peñarriblenses; el industrial y ex empleado de la Empresa, también concejal por el Tercio de Representación Familiar en la última corporación franquista, Amado Gallardo y otro más, a los que inmediatamente informó de lo que pasaba. Suspendieron la partida y se acercaron a la barra para atender a las noticias mientras comentaban entre sí los episodios madrileños y levantinos hasta que decidieron marchar a sus casas. Como entre los vecinos era conocida su ideología derechista, días después se corrió el falso rumor de que ellos habían expresado públicamente su satisfacción por el golpe brindando con champaña por el éxito del mismo aquella noche y que, entre aquellos muros habían vuelto a oírse eufóricos y nostálgicos gritos y vivas ultraderechistas, a la Guardia Civil, al Ejército y al general Franco.

El Casino del Terrible, orgullo de la burguesía peñarriblense, se había construido en un solar que separaba el cuartel de la guardia civil y el ayuntamiento, quizás como una forma inconsciente de buscar la seguridad en una población predominantemente de clase trabajadora, ya estaba inmerso por estas fechas en una constante decadencia que le ha llevado hasta el cierre hace unos años y a su reciente venta a un grupo financiero local. Además de los socios, era costumbre que en el bar se reunieran durante sus turnos de trabajo los guardias civiles, los policías gubernativos, los entonces policías municipales y los funcionarios que trabajaban en el ayuntamiento. Tenía una excelente biblioteca, aunque no fuera muy concurrida, y varias salas de juego, en una de las cuales se desarrollaban las habituales partidas



*Casino del Terrible en 1990*

vespertinas de los socios. De una de las mesas formaba parte José Sánchez, concejal en la última legislatura predemocrática, ex empleado de Talleres Generales de la SMMP y principal responsable de INDUICO, una de las pocas cooperativas que funcionaban en una población tan poco dada a esta forma de trabajo. Un tanto agitado se presentó José Soto trayendo las nuevas y de que en el cuartel se había reunido un grupo de personas: desde las mesas los jugadores levantaron las cabezas para atender al recién llegado y luego siguieron jugando comentando como sin darle demasiada importancia a lo que habían escuchado, pero los de la mesa de José Sánchez decidieron salir a dar una vuelta y ver qué estaba pasando.

Como el cuartel está junto al Casino pudieron ver enseguida al pequeño grupo de partidarios incondicionales del anterior régimen dentro y reconocieron, entre otros, al eterno secretario político de varios alcaldes hasta su jubilación; al industrial que en su día disfrutó del permiso oficial para matar cerdos en uno de los tres únicos mataderos autorizados para todo el país en los años cuarenta; al presidente de la Hermandad de Agricultores y Ganaderos... la mayoría habían sido miembros del antiguo Somatén que había creado y auspiciado en los años setenta el anterior capitán de la guardia civil Antonio Herrera Caro, siendo el policía gubernativo de la comisaría local, Sr. Martín, luego transmutado en promotor de viviendas, el encargado de facilitarles la compra de las armas. El Somatén era agrupación paramilitar de origen catalán que alcanzó su mayor difusión en España cuando la Dictadura de Primo de Rivera y que había vuelto a tener una cierta vigencia durante la dictadura franquista pero que se había tenido que disolver con la llegada de la Democracia. Aquellos fanáticos estaban allí para brindarse para lo que hiciera falta y pedían al capitán de la guardia civil, Manuel Pérez Gallardo "que saliera a la calle con los guardias", ofreciéndose para encabezar y formar comandos civiles, para lo que solicitaron que se les entregara armas y munición, cosa que el capitán no sólo no hizo, sino que se cuidó de rogar a quienes esto demandaban que se volvieran con tranquilidad a sus casas, informándoles de que se bastaba con la fuerza a sus órdenes para mantener el orden público que, por otra parte, en ningún momento se había visto alterado, si no se tiene en cuenta aquella "patriótica" irrupción.

Se llegaron hasta la cercana plaza de Santa Bárbara y desde el quiosquero a los pocos que pasaban, todos estaban pendientes de los transistores, como si fuera una tarde de esas de fútbol: la expresión de los rostros era más de incredulidad, de estupefacción al saber qué estaba pasando, que de temor. Las tiendas estaban casi sin clientes, como los bares, así es que tras dar una vuelta alguien dijo de marchar a su casa y a los que formaban la deshecha partida no les pareció mala idea.

Manuel Deogracias estaba terminando su turno en la oficina del cuartel de la guardia civil cuando escuchó por la radio qué estaba pasando en Madrid, aun-



*Cuartel de la Guardia Civil*

que no le dio demasiada importancia entonces: creía que se trataba de una operación antiterrorista. Como no vivía en el cuartel, su casa era una de las calles de El Cerro de San Miguel, al terminar su turno pudo marcharse sin ningún inconveniente. Al día siguiente se enteraría de que salvo algunas patrullas en coche, no se tomaron medidas especiales y

también que había llegado un grupo de vecinos poco numeroso, pero exaltados, «para ofrecerse a no sé qué», de aquellos que decían: «si hace falta, yo estoy dispuesto a lo que sea por España», sin que el capitán lo tomara demasiado en cuenta, sino que les dio seguridades para tranquilizarlos y para que volvieran a sus hogares. Luego se sabría, por alguno de los guardias que eran simpatizantes con las ideas socialistas o simplemente demócratas, que por parte de aquellos ultraderechistas se habían llevado unas listas con el personal de ideas izquierdistas a los que habría que detener inmediatamente por ser considerados por quienes las habían confeccionados como potencialmente peligrosos para el desarrollo del movimiento involucionista que se estaba llevando a cabo en la capital del país. El listado estaba encabezado por la primera autoridad municipal, el alcalde Rafael Áñez y, todavía hoy, hay conjeturas sobre si dichas listas ya estaban confeccionadas o se hicieron en el momento, dada la rapidez con la que fueron entregadas, pues conjugaban en la relación, además de la cantidad, la calidad atendiendo al puesto ocupado en el organigrama local de los partidos de izquierda PCE y PSOE, y en las centrales sindicales mayoritarias, CCOO y UGT, sin que faltasen unos pocos reconocidos demócratas no de izquierdas pero también incluidos por la paranoia de quienes creían llegado el momento de volver a los tiempos de las más puras esencias franquistas, de quienes intentaban que la Historia volviese a repetirse.

Las clases nocturnas de las distintas especialidades de la Escuela de Formación Profesional, cuyos muros limitaban con los del ayuntamiento y los del cuartel de la guardia civil, se terminaron sin que nadie se hubiera apercebido de las anomalías que se vivían en Madrid y Valencia, por eso cuando salió a la calle el entonces inspector del Cuerpo General de Policía de la Comisaría de Peñarroya-Pueblonuevo, Pepe Sevilla, que estaba haciendo un curso de FP-2 en la especialidad de Químicas, pues estaba asignado a la

policía científica y con eso sumaba méritos para poder ascender. Se acercó al despacho de la Comisaría, que estaba ubicada en el interior del ayuntamiento. Al atravesar la puerta se quedó petrificado: en una de las mesas estaba el Subcomisario-Jefe, Sr. Boticario, escuchando la radio con una metralleta sobre los papeles. Inmediatamente le informó de lo que estaba pasando.



*Actual IES "Florencio Pintado", antiguo centro de Formación Profesional*

Luego respondió negativamente a la pregunta de si se habían recibido instrucciones desde Córdoba. A Pepe no le pareció que les fuera a afectar mucho a ellos todo el asunto y tras escuchar un rato las noticias, se fue, según tenía por costumbre, a tomarse un güisqui al Casino del Terrible antes de regresar a casa. Allí la gente estaba tranquila comentando lo sucedido y recuerda que entró otro compañero, Andrés Dueñas, policía de la vieja escuela franquista, gritando alegremente como saludo un:

- "Hombre ¡por fin han llegado los míos!"

El general Alfonso Armada trató de convencer, en la entrevista que sostuvo pasada la media noche con el teniente coronel Tejero, para que aceptase la propuesta de un gobierno de concentración cívico-militar presidido por él y en el que entrarían miembros de todos los partidos políticos, propuesta que tajantemente fue rechazada por Tejero, que no quiso aceptar «un gobierno de rojos y masonazos». A la una y veintitrés minutos de la madrugada el rey Juan Carlos apareció en las pantallas de los televisores uniformado como Capitán General para emitir el tan esperado mensaje en el que se desautorizaba a los golpistas y se reafirmaban la postura constitucional de la Corona, mensaje con el que desactivaba el golpe y devolvía la tranquilidad a los españoles.

Inexplicablemente, a las dos de la mañana pudo atravesar sin ninguna oposición el cordón de seguridad que rodeaba el Congreso la columna integrada por 123 policías militares procedentes de la División Acorazada Brunete que, bajo el mando del comandante Pardo Zancada, se unieron a los encerrados, como también harían otros jefes y oficiales que desearon apoyar a Tejero. A las dos y media, tras cerciorarse Miláns del Bosch de la decidida actitud del Rey, ordenaría la retirada de los efectivos militares a sus cuarteles aunque

para retirar el bando del Estado de Guerra aguardase hasta las cinco, cuando tras haber conversado con otros capitanes generales -como medio siglo antes hiciera el también general golpista Primo de Rivera con idéntico resultado- se hubiera cerciorado de que estaba solo, renunciando a seguir, aunque aquella especie de sainete bufo se prolongaría hasta el mediodía del 24 alcanzando una duración de diecisiete horas y media la alteración de la normalidad de la vida civil en España. Durante tan largas horas el miedo se había apoderado de la generalidad de la población, pues todavía permanecía en nuestras neuronas la sensación de miedo permanente tras cuarenta años de uniformes victoriosos. Tampoco hay que desdeñar la influencia de las terribles imágenes de la caída del gobierno socialista de Allende en Chile o el más reciente golpe militar argentino, atendiendo a la doctrina Kissinger, Secretario de Estado del gobierno de los EEUU, con la injustificable secuela de asesinados y desaparecidos entre los habitantes de aquellos países, que el flujo de refugiados políticos había ayudado a dar a conocer en nuestro país. La fuerza del Ejército español era evidente sobre el español medio, pues no eran pocos los que manifestaban su temor ante los cambios que traía esta joven Democracia, y a los que les parecía positivo que se mantuviera ese miedo, que no dejaron de manifestar su alegría y satisfacción por lo que estaba sucediendo. Son los mismos que entonces y ahora siguen creyendo que este país sólo puede gobernarse «con palo largo y mano dura» como ya denunciara el grupo musical andaluz "Jarcha" en su bellísima y esperanzadora "Libertad sin ira".

En las primeras horas de esta larga noche del lunes al martes -en la que los en los hogares españoles no se pudo escuchar, por vez primera, la sintonía del telediario de las nueve, informativo que dirigía el periodista Iñaki Gabilondo- los mineros del "mixto", que era como se denominaba el tercero de los turnos de trabajo diario, tomaron los autobuses en los lugares habituales, en las plazas de Santa Bárbara, de Belmez y en la del Parque-Jardín, que los llevarían a los distintos tajos fuera del término municipal peñarriblense. Unos preguntándose todavía con voz queda qué era lo que estaba pasando, otros encerrados en un mutismo total y los más jóvenes poco preocupados creyendo exagerados los temores de los mayores que parecían no ser capaces de olvidar sus tiempos de cuando la guerra, que a ellos tan lejanos e incomprensibles les parecían.

Llegaron al Lavadero de carbones que la empresa tenía en El Porvenir de la Industria, a los pozos de San José, Cervantes o a la Rampa nº 3. Aquella noche en el cielo lucía una enorme y redonda luna nueva y los mineros del exterior compaginaron sus labores con las escuchas de las noticias que se recibían en los transistores, mientras los del interior trabajaban ajenos a lo que iba sucediendo: en las galerías no era posible escuchar la radio, además de ser potencialmente peligroso. Al terminar el turno se encontraron con que varios delegados sindicales de las dos centrales mayoritarias en la cuenca los reunieron para realizar un brevísimo paro informativo sobre los hechos de

Madrid y Valencia. Un acto similar, de poco más o menos cinco minutos, según la apreciación de uno de los asistentes, se realizó a la entrada del relevo de mañana, cuyos componentes habían acudido al trabajo mucho más ensimismados y silenciosos de lo que era habitual, algunos recordando la noche de películas de guerra vivida, o la del cómico norteamericano Bob Hope, porque hubo que alargar la programación. Estos actos se recogerían en el diario Córdoba del 25 de febrero de forma escueta y aséptica con un «Ayer se produjeron paros informativos convocados conjuntamente por las dos centrales sindicales mayoritarias en la cuenca minera de Peñarroya-Pueblonuevo».



*Lavadero de carbones de El Porvenir*

Sin embargo, durante la noche anterior, en las cuencas mineras de HUNOSA, los mineros, conscientes de la gravedad de la situación, se habían reunido en asambleas en las que incluso se procedió al reparto de dinamita, que algunos casos nunca fue devuelta. En ellas se acordó llevar a cabo una huelga general de 24 horas para el día siguiente, hechos que fueron conocidos por un sindicalista asturiano de CCOO, trabajador en las minas guadiatenses, que luego hablaría de una campaña de desinformación de la clase obrera, pues la mayoría de los dirigentes sindicales del país hicieron llamamientos a la calma y al mantenimiento de la normalidad, aunque por otros se convocaron paros parciales de protesta contra el golpe de dos horas, que en la cuenca del Guadiato fueron completamente ignorados, ya que estos llamamientos fueron prácticamente desconocidos entre los trabajadores de ENCASUR, que ni siquiera los recuerdan hoy.

Sin embargo, durante la noche anterior, en las cuencas mineras de HUNOSA, los mineros, conscientes de la gravedad de la situación, se habían reunido en asambleas en las que incluso se procedió al reparto de dinamita, que algunos casos nunca fue devuelta. En ellas se acordó llevar a cabo una huelga general de 24 horas para el día siguiente, hechos que fueron conocidos por un sindicalista asturiano de CCOO, trabajador en las minas guadiatenses, que luego hablaría de una campaña de desinformación de la clase obrera, pues la mayoría de los dirigentes sindicales del país hicieron llamamientos a la calma y al mantenimiento de la normalidad, aunque por otros se convocaron paros parciales de protesta contra el golpe de dos horas, que en la cuenca del Guadiato fueron completamente ignorados, ya que estos llamamientos fueron prácticamente desconocidos entre los trabajadores de ENCASUR, que ni siquiera los recuerdan hoy.

Por su parte, desde el Gobierno Civil de Córdoba, el titular Esteban Mompeán se había puesto en contacto con el alcalde peñarriblense, al igual que había hecho con todos los demás alcaldes de la provincia, y había recabado un tranquilizador mensaje de que la normalidad era absoluta y de que las fuerzas de orden público continuaban realizando sus tareas habituales, como los periodistas del "Córdoba" se encargarían de dar a conocer en unas mínimas líneas interiores del número del martes, sin firmeza, más como si de la expresión de un deseo se tratase.

Algunos recuerdan lo cerradas que estuvieron las puertas del cuartel de la guardia civil y del ayuntamiento peñarriblenses esa noche y que las patrullas nocturnas habituales o no salieron por las calles del pueblo o no se hicieron notar nada. Y para aseverarlo cuentan el hecho de que en la misma calle en la que estaban ambos edificios alguien llevó a cabo el desvalijamiento de varios de los vehículos allí aparcados, uno de ellos perteneciente a uno de los guardias municipales que estuvo de servicio esa noche, al que le robaron el radiocasette. Quizás sea la prueba más significativa de que en esta ocasión, la vida siguió su curso normal en las calles de Peñarroya-Pueblonuevo.



En la mañana del martes 24, todos los periódicos que llegaron a los dos quioscos se agotaron inmediatamente. Los partidarios del búnker se encontraron con una portada de circunstancias en "El Alcázar", en esta una foto del Rey y el texto del mensaje a la Nación Española, pues la edición que contenía la

proclama en favor del golpe había sido secuestrada por la policía, en la madrugada, al detenerse a su inspirador Juan Antonio García Carrés, el único civil procesado tras la intentona. Los católicos y derechistas moderados pudieron ver en la portada del "Ya" bajo el gran titular de "INTENTO DE GOLPE ESTADO" la imagen de un Adolfo Suárez intentando intervenir cuando los guardias civiles zarandeaban al general Gutiérrez Mellado. En el resto de los diarios recibidos de tirada nacional, la imagen de portada era la famosa foto de Tejero pistola en mano en la tribuna y rodeado de guardias civiles, justo tras irrumpir en el Congreso. Los conservadores y monárquicos pudieron ver en la portada del "ABC" el titular "ASALTO ARMADO AL CONGRESO". Por su parte, los dos diarios más jóvenes de este tiempo, motejados como izquierdistas desde la derecha, permitieron a los progresistas locales conocer como se respiraba por los de su cuerda, especialmente el "Diario 16" que con un rotundo titular de "FRACASÓ EL GOLPE" apostaba valiente y decididamente, cuando todavía era por lo menos confusa la situación, por el triunfo de la legalidad y del sistema democrático, pues el otro diario nacional, "El País", titulaba con más prudencia su portada como "EL INTENTO DE GOLPE DE ESTADO, EN VÍAS DE FRACASO" y manifestaba su postura en un editorial titulado "Con la Constitución". En todos había un ansia de conocer las noticias de lo sucedido en Madrid y del resto del país a través de la letra impresa que se prolongaría durante un tiempo y se manifestaría con una demanda extraordinaria de la

prensa diaria.

Esa mañana, José Cortés estaba en casa malhumorado: a pesar de lo soleado y apacible del día no había podido salir a la calle, como hubiera deseado, para reunirse con sus colegas jubilados, repasar la prensa que se recibía en el Hogar y comentarla luego mientras paseaban despaciosamente por el Llano, antes de recalar inevitablemente en los recuerdos del tiempo pasado en los talleres, en las minas, en las fiestas o en lo sucedido antes y después de aquella fatídica guerra civil que había trazado para todos una tangible frontera en sus vidas. Y es que Luisa, su mujer, no había consentido en que saliera después que se hubiera presentado en su casa en la calle "Médico Navarro Sáez" un miembro de la guardia civil para verificar «una gestión administrativa sin importancia»: para confirmar que esa era su residencia habitual y averiguar por qué la ficha que de él tenían no se había actualizado tras el último cambio de domicilio. José había sido interventor en una mesa electoral durante la República casi medio siglo atrás y, a pesar de haber pasado un tiempo en un campo de concentración, en la cercana población de La Granjuela, y en la cárcel; a pesar de la ley para la extinción de las responsabilidades políticas promulgada a finales de los sesenta; a pesar de la muerte de Franco y, sobre todo, a pesar de la existencia desde 1978 de una Constitución democrática, se habían mantenido los ficheros políticos por los que se calificaban las conductas de los españoles que defendieron de cualquier manera que fuese, con las armas en la mano o desde sus puestos de trabajo a aquella República que se autodefinía en el título preliminar de su Constitución como "República democrática de los trabajadores de toda clase", la primera constitución democrática que ha tenido España.

José se había jubilado como Jefe de Planificación de Talleres de Peñarroya S.A., entidad sucesora de los talleres generales de la extinguida SMMP. Su vida discurría apaciblemente en el pueblo que le viera nacer hacía más de 73 años y aunque la tarde anterior se había inquietado con todo lo que estaba sucediendo en Madrid, nunca creyó que aquella locura pudiese salir adelante en los tiempos que se vivían. Por eso, su sorpresa fue mayúscula cuando apareció en su casa la guardia civil. Una vez recuperado de su asombro -su actividad política se había terminado con el comienzo de la guerra civil- quiso salir a la calle para reunirse con otros jubilados que estaban en su misma situación, pero su mujer se lo impidió resueltamente: ella sí tenía el miedo suficiente. Cuando pudo comentar con los demás lo ocurrido no se extrañó de que las visitas hechas por la guardia civil a los hogares de aquellos otros peligrosos "individuos de mala conducta moral y social" como él -que ya había sido represaliados cuarenta años atrás, gentes que cuando llegaban visitas de ministros u otros gerifaltes del Régimen eran sumariamente controlados por las fuerzas policiales- menudeasen aquella mañana y la común, y natural, estupefacción que habían sufrido los afectados que habían llegado a creer que con la Democracia aquello era agua pasada en el molino de la

## Historia.

También esta misma mañana del 24, Matilde Moya tuvo que acopiarse de valor para marcharse del pueblo tras haber pasado unos días de permiso. Trabajaba como ATS en un centro sanitario de Cádiz y no tenía excusa para no incorporarse. Las calles del pueblo hasta la parada del autobús estaban desoladoramente vacías, lo que acrecentaba su temor después de que Tejero hubiese secuestrado a los miembros del Congreso y la noche, a pesar de haberla pasado con la familia, no había sido muy tranquila. Cuando llegó la hora de salir el autobús de servicio para Córdoba, el de las 12 del mediodía, se encontró que ella era la única pasajera. El camino, obstinadamente silenciosos tanto ella como el conductor, se le hizo larguísimo, a pesar de las noticias esperanzadoras que la radio del vehículo daba casi ininterrumpidamente. Nadie más se subió en ninguna de las paradas de los pueblos que jalonaban la mala carretera hasta la capital. Luego, mientras esperaba en la estación del ferrocarril el ferrobús que habría de llevarla a su destino, su zozobra no dejó de aumentar, no sólo por lo escaso de viajeros que esperaban, sino por los monótonos e insistentes paseos que por los andenes daban las patrullas de la Policía Militar.

Una vez liberados los diputados tras el llamado "Pacto del capó" y detenidos los principales, y más visibles, actores del esperpento, se decidió la reunión de un pleno extraordinario municipal con el «Orden del día único sobre los sucesos en el palacio de las Cortes en el que durante el día de ayer y en la mañana de hoy se atentó contra la Democracia del país», en el que se acordó, por unanimidad, la publicación del siguiente manifiesto:

«1º) Se expresa la lealtad y admiración al Rey por haber sabido encauzar la solución de la grave crisis con firmeza y serenidad haciendo cumplir la Constitución a autoridades y a estamentos civiles y militares.

2ª) Condena enérgica y meridianamen-



*Ayuntamiento de Peñarroya-Pueblonuevo*

te el gravísimo atentado cometido contra nuestra democracia y contra la institución más representativa.

3ª) Confiar en que la Ley sea aplicada con el máximo rigor y celeridad a todos cuantos materialmente y por implicación o complicidad han tomado parte en los gravísimos hechos que han alarmado justificadamente a los españoles, han puesto en peligro la Democracia Constitucional y la paz de la Nación.

Las instituciones democráticas y el pueblo español han dado muestras de responsabilidad y madurez políticas.

Agradecer a todo el pueblo de Peñarroya-Pueblonuevo la serenidad que dio muestras durante todo el desarrollo de los acontecimientos».

El día veinticinco, Leopoldo Calvo Sotelo sería investido por mayoría absoluta como el segundo presidente de la etapa democrática, tomando posesión de su cargo y anunciando su nuevo gabinete el día siguiente, cuando en toda la prensa nacional aparecían las destituciones de los generales Armada y Miláns. Y el viernes veintisiete, por la tarde, salieron en manifestación simultánea en todas las ciudades del país más de tres millones de personas bajo el lema de «POR LA LIBERTAD, LA DEMOCRACIA Y LA CONSTITUCIÓN». A la que se celebró en la capital cordobesa, que reunió a pesar del tiempo desapacible de unas 8.000 a 12.000 personas -tampoco faltó en esta ocasión la guerra de cifras habitual- según la prensa capitalina- asistieron el alcalde peñarriblense, los delegados de empresa de ENCASUR, representantes de los partidos políticos y de los sindicatos locales y algunos ciudadanos más. Aunque ocasionalmente se dieron algunos gritos de «Contra el fascismo, movilización», «El pueblo unido, jamás será vencido», «Democracia en libertad» y otros que fueron acallados por la mayoría: el miedo seguía siendo aún grande, la manifestación fue silenciosa y se retiraron pancartas y banderas para subrayar el carácter unitario. Detrás de un servicio de orden propio y bajo fuerte despliegue de la Policía Nacional, la manifestación se puso en marcha a las siete y cinco de la tarde siguiendo una larguísima pancarta



28-II-1981 Diario Córdoba

que tan solo añadía la palabra "Andalucía" al lema nacional, tras la que iban los parlamentarios provinciales de UCD, PSOE (entre los que estaba el peñarriblense Manuel Gracia, uno de los retenidos en el Congreso) y PCA, así como dirigentes sindicales UGT y CCOO y de los demás partidos que habían llevado a cabo la convocatoria, AP y PSA. Llegó a lloviznar durante 8 minutos de la hora que duró el recorrido hasta finalizar en los jardines de la Merced. Allí, en la tribuna preparada al efecto, el diputado por el PSOE, José Miguel Salinas, leyó el manifiesto en el que se expresaba la decisión de vivir en democracia de un pueblo que había dejado de ser espectador para convertirse en protagonista. Se resaltó el peso de la Constitución, tras el secuestro del Gobierno y del Congreso de los Diputados, solicitándose la clarificación de responsabilidades. Se recordó la firme actitud de la Corona y la lealtad mayoritaria de las Fuerzas Armadas y de los Cuerpos de Seguridad recordando que «Un viva España no encierra una verdad distinta que el de viva la Constitución y viva la Democracia». Se afirmó la condición de españoles como seres libres y el deseo de seguir luchando, como andaluces, para alcanzar la construcción del estado de las autonomías, lectura que fue interrumpida en varias ocasiones por los aplausos de los asistentes, algunos de los cuales, minoritariamente, intentaron marcar con sus gritos de «Queremos trabajo» sus prioridades reales.<sup>4</sup>

Cuando se disolvió la manifestación, los peñarriblenses tendrían que enfrentarse a la pésima carretera que les devolvería a su localidad, con los corazones llenos de esperanza en el futuro que se había ganado para la democracia, puesto que el golpe de Tejero había servido para lo contrario que para lo que había sido concebido, puesto que en lugar de acabar con la democracia española, contribuyó a su afianzamiento. No podían saber que en los meses siguientes se iban a llevar a cabo los juicios contra los golpistas, que serían juzgados por el Código Militar y por comprensivos colegas, lo que haría que el gobierno de Calvo Sotelo tuviera que recurrir las sentencias, por lo suaves. Y mientras la mayoría de los españoles creíamos que la firmeza constitucional nos aseguraba el futuro, una nueva conspiración se gestaba, ante las grandes posibilidades de que ganaran las elecciones generales los socialistas cuando un grupo de militares, bajo la dirección del impenitente Miláns del Bosch desde su cárcel dorada, pretendía nuevamente acabar con la joven democracia española, pero esta vez no habría limitaciones para que corriera la sangre del rey abajo: la intentona golpista del 27-O incluía el bombardeo del Palacio de la Zarzuela, residencia del rey; el de La Moncloa, residencia del presidente Calvo Sotelo y de la sede de la JUJEM, sede de la Junta de Jefes de Estado Mayor. La fecha prevista para el golpe estaba señalada para el día de re-

---

<sup>4</sup> Nota del autor: las siglas de los partidos políticos desaparecidos se corresponden con los siguientes términos: AP: Alianza Popular, actualmente Partido Popular (PP); UCD: Unión del Centro Democrático.

flexión que precedería a las elecciones del 28 de octubre del 1982. Con la detención de la cúpula de la conspiración, tres jefes militares, cuyos nombres no merecen ser recordados, a primeros de este mes se cerraba el ciclo golpista que en tantas ocasiones había ensangrentado la Historia de España y los españoles nos desprendíamos de aquel complejo de democracia vigilada con el que hasta entonces habíamos vivido.

Poco meses después del golpe, de los cines desaparecerían los residuales NO-DO y los españoles pudimos asistir a la proyección de "El crimen de Cuenca" que, a pesar de la abolición administrativa de la censura en 1977, había sido secuestrada judicialmente en 1979 y procesada su directora, Pilar Miró, a petición de las autoridades militares que la consideraron un atentado contra su reputación al narrar un hecho real ocurrido a principios del siglo XX, cuando la guardia civil torturó a dos campesinos y fueron condenados por un crimen que no habían cometido. Dos señales públicas e inequívocas de los nuevos aires que soplaban en el país.

Y aunque parecía haberse tranquilizado la vida ciudadana, en los días siguientes se supo que en la Villa y alguna de las aldeas melarienses, concretamente en la de Ojuelos Altos, un grupo de ultraderechistas armados con escopetas, se echó a la calle aquella larga anochecida para "asegurar" el orden público -los cuarteles de las aldeas se habían clausurado años antes con gran disgusto de los vecinos-. Y se propagaron rumores en los que se mezclaban en proporciones variables, según la persona que los divulgara, de realidad, con abundantes dosis de fantasía, formando pareja ocasionalmente con los más o menos ingeniosos chistes, lo que tal vez no fueran nada más que una manera de desfogarse tras los temores pasados. Lo cierto y verdad es que en las sedes peñarriblenses de los partidos del PCE y del PSOE se quedaron durante 6 ó 8 semanas prácticamente vacías: la gente dejó de asistir a las reuniones, en las que sólo estaban los más significados y comprometidos, aunque los afiliados no llegaron a darse de baja. Sí es cierto que cuando consideraron oportuno volver, fue necesario rehacer bastantes carnés de afiliación, destruidos en los peores momentos y tomando un auge mayor del que se había vivido en los momentos previos al "tejerazo".



*Una reunión de la ejecutiva peñarriblense del PSOE durante la Transición*

## FUENTES DOCUMENTALES

### TESTIMONIOS ORALES

Rafael Áñez García	Aranda Lorenzo, Jesús
Barquero Gallardo, Jacinto	Cortés Cuadrado, José
Deogracias Ramírez, Manuel	Domínguez Domínguez, Antonio
Domínguez Hidalgo, Pablo	Domínguez Mármol, M <sup>a</sup> Victoria
Fernández Ortiz, María Dolores	Gordón Muñoz, Germán
Marañón Colorado, Rafael	Molina Guzmán, José Luis
Mohedano Mohedano, Gertrudis	Moya Núñez, Matilde
Quesada García, Angelines	Sánchez Márquez, Manuel
Sánchez Sánchez, Andrés	Sánchez Sánchez, José
Sevilla, José	Tena, Manuel
Toledo García, Antonio	Vera Castillejo, Victoriano

### BIBLIOGRAFÍA

- CARCEDO, D., *23F. Los cabos sueltos*. Colección Grandes Temas. Ediciones Temas de Hoy. Madrid 2001, 3<sup>a</sup> edición.
- DÍAZ-PLAJA, F., *La España que sobrevive*. Colección Espasa-Mañana. Editorial Espasa-Calpe. Madrid 1987.
- URBANO, R., *Con la venia...yo indagué el 23-F*. Colección Tribuna. Editorial Plaza & Janés. Historia. Barcelona 1987.
- VARIOS. *España. Nuestro siglo. Textos Imágenes y sonido*. Tomo IV. Editorial Plaza & Janés. Barcelona 1985.
- VILLACASTÍN, R. y BENEYTO, M., *La noche de los transistores*. Editorial San Martín. Colección Historia del siglo de la violencia. Políticos nº 4. Madrid 1981.
- ZAVALA, J. CASTRO-VILLACAÑAS, E. y MARTÍNEZ, A. C., *Lo que yo te diga. El cine contado con sencillez*. Colección "Contada con sencillez". Editorial MAEVA. Madrid 2000, 2<sup>a</sup> Edición.

### ARCHIVOS

- Archivo Municipal de Peñarroya-Pueblonuevo. Legajo de Plenos 1981.
- Biblioteca y Hemeroteca Municipal de Córdoba.
- Biblioteca Municipal de Peñarroya-Pueblonuevo.

### PRENSA

- Diario "Córdoba". Febrero 1981.
- Página web del diario "EL MUNDO"

### FOTOGRAFÍAS:

- Amablemente cedidas por Eloy Fernández Villatoro (F.15), Rafael Marañón (F.23), Antonio Muñoz Gómez (F.7), Antonio Toledo (F.10); página web de "EL MUNDO" y del archivo del autor.



**Itre. Asociación Provincial Cordobesa  
de Cronistas Oficiales**



FUNDACIÓN  
**CajaSur**



**Diputación  
de Córdoba**